

## CAPITULO LXVII

---

### BREVE NOTICIA SOBRE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

A la muerte de Fernando VII, la literatura española tomó notable aspecto en la producción, ya iniciado en algunos puntos desde diez años antes.

La España antigua había muerto en la renovación de toda la vida nacional de la inteligencia, efectuada por la inmortal labor de las Cortes de Cádiz. Nuevos gustos habían creado otras manifestaciones literarias y, aunque solamente bosquejado el pensamiento y plan en algunos géneros, era el más seguido é impuesto por la moda el llamado entre los jóvenes poetas, el *Romanticismo*, que tanto influyó durante mucho tiempo, contando en la lista de sus cultivadores á los más brillantes ingenios contemporáneos.

Los críticos más ilustres, ó el mejor de todos entonces en España, que era don Alberto Lista, sabio maestro y educador de la juventud desde el Colegio de San Felipe Neri, de Cádiz, por él fundado y dirigido, no podían conformarse con el rumbo extraño y original de las novísimas producciones.

Especialmente Lista se opuso á autorizar la invasión del sistema, por juzgarlo atrevido é innecesario, y dejó escritos razonados trabajos sobre el particular.

«Si observamos (decía) el espíritu y plan de la mayor parte de las producciones que hoy se llaman *románticas*, parece que esta nueva especie de literatura es la completa infracción de todas las reglas poéticas, dictadas por Aristóteles y Horacio. Esta creencia se fortifica observando que se contrapone la palabra *romanticismo* al *clasicismo*, esto es, á la literatura, que ha permanecido siempre, y aun permanece sometida á aquellas reglas.»

Resumiendo después á corto número de reflexiones todo lo dicho por unos y por otros sobre *romanticismo* y *clasicismo*, dice:

«1.º El teatro griego sólo presentaba el hombre de las pasiones y del destino, y el hombre fisiológico, y cuando más el hombre público ó el ciudadano. Los teatros de la Europa moderna deben representar el hombre moral, el hombre de la virtud, y lo deben presentar *individualmente*, esto es, los sentimientos que

se le atribuyen, aunque pertenezcan á la especie humana, han de tener el carácter particular del personaje.

2.º Las formas del drama griego, que debieron su origen á la naturaleza del espectáculo, que era un acto religioso en un principio, y á la construcción material del teatro, eran suficientes para una acción sencilla, en la cual se representaba el hombre tal como le concebía entonces la sociedad; pero es preciso darles más amplitud en la Europa actual, que ha renunciado á la vida del foro.

3.º Debe usarse de esta amplitud con sobriedad, pues no puede dudarse que aunque la unidad de interés sea la principal en el drama, y la verosimilitud moral la primera de todas, se reconocen, sin embargo, en las unidades de acción, de lugar y de tiempo medios de verosimilitud material que no son despreciables. No es lícito en nuestro entender quebrantarlas sin justos motivos.

4.º Los teatros de España, Inglaterra y Alemania renunciaron á las formas griegas; el teatro francés del siglo de Luis XIV las adoptó; pero abandonando la sencillez de la tragedia ateniense. Corneille, Racine y Voltaire no describieron el hombre fisiológico de la antigüedad, sino el hombre cristiano y monárquico de su época. Los defectos ó inconvenientes de sus dramas consisten en haberlos hecho en un espacio muy reducido, y su mérito como poetas dramáticos, en haber hecho obras tan excelentes á pesar de la rigidez de las reglas á que se sometieron.

5.º El actual drama francés, llamado vulgarmente *romántico*, pinta el hombre fisiológico como el de Atenas, sin someterse á sus reglas; falsea la moral universal, civil y política del género humano, supone que el hombre no puede lidiar contra sus pasiones y no le deja más opción que satisfacer sus deseos á cualquier costa ó suicidarse. Es, pues, contrario á los sentimientos de la civilización actual (1835-43), no cumple con sus exigencias, y caerá apenas dejen de sostenerlo el capricho y la moda.

A esto se reduce la gran cuestión del *Romanticismo*.

Tanto esta voz como su opuesta *Clasicismo*, como el adjetivo *romántico*, son bárbaras y aun ridículas en nuestro idioma. Son además inútiles, porque jamás podrán contribuir á caracterizar el mérito de una composición dramática.

Nosotros designaremos las composiciones con los títulos de *buenas ó malas*, sin curarnos mucho de si son *clásicas ó románticas*, y esto es, en nuestro entender, el mejor partido que pueden tomar los hombres de juicio, naturalmente poco aficionados á dejarse alucinar por palabras ni frases. »

Hemos transcrito los anteriores párrafos del sabio Lista para que se recuerde cómo pensaba en España el primer crítico de la Nación acerca del *Romanticismo*; método preliminar indispensable cuando hemos de hablar de los indudables elementos de valía que escribieron y publicaron obras inspiradas en aquel movimiento pasional y literario.

Martínez de la Rosa, que ya publicó en 1827 cinco volúmenes de sus obras literarias y un tomito de poesías y la comedia *Los celos infundados* en 1883 y 34,

consiguió nueva reimpresión de algunas de sus poesías y de sus comedias *Los celos infundados* y *Lo que puede un empleo* (1).

Martínez de la Rosa había cultivado siempre la poesía. «Casi desde mi infancia (dice él mismo) y sin haber perdido esta afición en todo el curso de mi vida, he hallado en ella tanto esparcimiento y consuelo, ya como distracción en mis ocios, ya como desahogo de cuidados y penas, que debiera ser bastante crecido el número de mis composiciones, si las hubiese guardado con esmero.»

Aunque el poeta granadino había sido casi siempre partidario del llamado *clasicismo* y sus composiciones pecaban de exceso de ternezas amorosas y de todos los artificios poéticos en las escenas eróticas, llegó á ser también *romántico*.

Por eso no desaprovechó la ocasión que le presentaba el prólogo de sus nuevas poesías, para emitir su dictamen respecto de las dos sectas enemigas, que tan cruda guerra tenían trabada entonces en el campo de la literatura.

Confesaba que se sentía poco inclinado á alistarse en las banderas de los *clásicos* ó de los *románticos*, y tenía por cosa cierta que unos y otros llevaban razón cuando censuraban las exorbitancias y demasías del partido contrario, quienes incurrian en el mismo defecto cuando trataban de ensalzar su propio proceder.

El opinaba que las obras de imaginación, así como la de Bellas Artes, están sujetas á algunas reglas fijas, invariables, fundadas en los principios de la sana razón y hasta puede decirse que en la misma naturaleza del hombre.

«Así, por ejemplo,—son sus palabras textuales,—conviene que en toda composición, cualquiera que sea su clase, haya *unidad* en el conjunto, *proporción* en las partes, *variedad* en el ornato, *correspondencia* entre el asunto y el estilo; mas no por esto se infiere que no estén sujetas á mudanza, al sabor de los siglos y de las naciones, algunas reglas prescritas por los maestros del arte, los cuales á su vez las tomaron de la contemplación y estudio de los modelos de su tiempo. Que ni se deben medir con escala mezquina las obras de la imaginación, ni condenarlas liviamente porque no quepan en los moldes de Aristóteles ó de Horacio,



Alberto Lista.

(1) París, librería de los Sres. D. Vicente Salvá é hijo; calle de Lille, núm. 4, París: 1837.-8.º, de 372 págs.—Las 16 primeras contienen la portada, advertencia del editor, fechada en París á 19 de Marzo de 1837 y un prólogo del autor, muy notable.

ni decir al genio del hombre, como Dios á las olas del mar: *no traspasarás este límite.*»

Martínez de la Rosa cree que es muy acertado y conveniente dejar á la imaginación un vastísimo espacio para que campee con desahogo, sin obligarla á seguir paso á paso las huellas de los antiguos.

Y, contestando á la pregunta:—¿qué acontecerá probablemente, si por el ansia de seguir una senda distinta, se corre á ciegas sin concierto ni guía, y se desprecian como inútiles trabas los consejos de la razón y del buen gusto?—dice con oportunidad y prudencia lo siguiente: Sucederá «que á fuerza de mofarse de la supersticiosa observancia de las reglas, se sacudirá todo freno, y que, siguiendo el curso natural de toda secta, ya sea religiosa, ya política, ó bien literaria, los primeros caudillos echarán por tierra los antiguos ídolos; y sus discípulos y secuaces, llevados del anhelo de la novedad, sobrepujarán la licencia y extravíos de sus propios maestros».

No sucedió así á Martínez de la Rosa. Adorador del gusto medio en todo, lo mismo en su manera de ser política que en la composición de sus diversos trabajos históricos y críticos, aunque enamorado del triunfo y esplendor del romanticismo de Víctor Hugo en Francia, y aun con entusiasmo por imitarlo y seguirlo en sus producciones del nuevo género *Aben-Humeya* y *la Conjuración de Venecia*, sin embargo, siempre se contuvo en los límites de la moderación, obteniendo los parabienes del público, lo mismo fuera que dentro de su Patria.

Como poeta de gusto depurado se hace notar en sus composiciones de arte menor por lo atildado, sencillo y tierno en la expresión, siendo algunas de un encanto indecible.

A este grupo pertenece *El recuerdo de la Patria*, dulce nostálgico recuerdo que escribió cuando estaba en Londres en 1811:

Vi en el Támesis umbrío  
Cien y cien naves cargadas  
De riqueza;

Vi su inmenso poderío,  
Sus artes tan celebradas,  
Su grandeza.

Mas el ánimo afligida  
Mil suspiros exhalaba  
Y ayes mil;  
Y ver la orilla florida  
Del manso Dauro anhelaba  
Y del Genil.

Vi de la soberbia corte  
Las damas engalanadas,  
Muy vistosas;  
Vi las bellezas del norte,  
De blanca nieve formadas  
Y de rosas.

Sus ojos de azul del cielo;  
De oro puro parecía  
Su cabello:

Bajo transparente velo  
Turgente el seno se vía,  
Blanco y bello.

Mas, ¿qué valen los brocados,  
Las sedas y pedrería  
De la ciudad?  
¿Qué los rostros sonrosados,  
La blancura y gallardía,  
Ni la beldad?

Con mostrarse mi zagala  
De blanco lino vestida,  
Fresca y pura,  
Condenada la inútil gala,  
Y se esconde confundida  
La hermosura.

¿Do hallar en climas helados  
Sus negros ojos graciosos,  
Que son fuego,  
Ora me miran airados,

Ora roben cariñosos  
 Mi sosiego?  
 ¿Do la negra cabellera  
 Que al ébano se aventaja?  
 ¿Y el pie leve,  
 Que al tristar por la pradera  
 Ni las tiernas flores aja  
 Ni aun las mueve?...  
 Doncellas las del Genil,  
 Vuestra tez obscurecida

No trocara  
 Por los rostros de marfil  
 Que Albión envanecida  
 Me mostrara.  
 Padre Dauro, manso río  
 De las arenas doradas,  
 Dignate oír  
 Los votos del pecho mío;  
 Y en tus márgenes sagradas  
 Logre morir!

No es nuestro propósito escribir la historia literaria de España en el siglo XIX. Nuestro intento es más humilde. Queremos hacer un esbozo descriptivo y crítico del gran movimiento intelectual, verdadero, exacto y justo, desde la muerte de Fernando VII hasta la conclusión del pasado siglo, fecundo en obras é ideas, algunas veces mal estudiadas ó no comprendidas debidamente.

Habiéndonos decidido por este plan, no dedicaremos al examen de cada poeta ó escritor sino las páginas que sean precisas como justificación de sus labores é importancia, presentando como modelos de estilo composiciones de alto relieve y belleza, ya se trate de autores muy conocidos, ya de otros de cuyos nombres no se ha hecho todavía el merecido enaltecimiento.

Nadie puede escatimar elogios á aquel poeta, humanista, historiador, orador, literato y académico, que se llamó don Francisco Martínez de la Rosa, que nació en Granada en 1789 y murió en Madrid en 1862.

Hablaremos ahora de don José de Espronceda, que aunque muerto en lo más florido de su vida, dejó en sus obras románticas un nombre inmortal por el mérito extraordinario de su inspiración y verdadero genio poético.

Su mismo maestro fué el primer crítico que le dedicó un elogio: don Alberto Lista. Aquel trabajo, publicado el año 1840, es de excepcional interés. El preceptor ve con regocijo de su alma la aparición de las poesías de su predilecto discípulo.

«Mucho tiempo hace (dice don Alberto) que no se presentan al público en las colecciones de poesías ideas más osadas, elocución más esmerada, armonía más robusta, ni intenciones más poéticas.

A pesar de las muchas razones que personalmente nos asisten para no dar elogios á estas poesías, cuyo autor y cuyo editor han querido que las miremos en cierto modo como nuestras, ha sido preciso ceder á la impresión que nos causa su lectura; impresión que no dudamos será la misma en todos los lectores instruidos, aun en aquellos que no juzguen dignos del pincel poético algunos de los argumentos.

Al dar cuenta, pues, de esta publicación, extraordinaria bajo todos aspectos, debemos limitarnos á justificar con citas la sensación que nos ha causado ver sometidos los pensamientos, por más atrevidos que sean, al yugo de la lengua y de la versificación castellana, COSA SUMAMENTE RARA EN EL DÍA.

La primer obra es la colección de fragmentos del poema épico *Pelayo*, que el autor se propone concluir y dar á luz. Estos fragmentos desmienten de la manera más solemne á los que creen ó afectan creer que la epopeya es un género incapaz de interesar la sociedad actual. Háganse versos como los siguientes para demostrar la cólera del cielo contra Rodrigo:

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,  
Las densas nubes agitando, ondean  
Con sus alas los genios del profundo,  
Que con cárdeno surco centellean:  
Y al ronco trueno, al eco tremebundo  
De los opuestos vientos que pelean,  
Se oye la voz de la celeste saña:  
*¡Ay, Rodrigo, infeliz! ¡Ay triste España!*

O como los de esta magnífica comparación:

Tal otro tiempo en la soberbia cena,  
Donde mofaba de Jehová el imperio,  
Ya la medida el sufrimiento llena,  
Rebosó de ira caudaloso rio;  
Y el rey asirio con amarga pena  
Vió en el muro de mármol con sombrío  
Fuego animarse escrito sobrehumano  
Trazado allí por invisible mano.

O, en fin (por no repetir citas de igual mérito en que abundan estos fragmentos) como la siguiente octava en que no se sabe cuál es mayor, la dificultad de expresar poéticamente el pensamiento, ó la riqueza y la exactitud de dicción con que está descrito:

Allí cercado del amable coro  
Que el de las Houris célicas no iguala,  
Quemada en pipa de ámbar y de oro  
Planta aromosa el gusto le regala:  
Y mientras en hombro de su amada el moro  
La sién reclina, de su labio exhala  
Humo suave, que en fragante nube  
Con leves ondas á perderse sube.

Cuando se hacen (dice Lista) versos como éstos no se debe desesperar de imprimir interés á una acción grande, y que se presta admirablemente á todos los adornos de la novela y de la epopeya.

Siguen dos composiciones amatorias, de las cuales la primera nos parece muy superior á la segunda, que es de carácter satírico, y que, por lo tanto, requiere un genio de diferente clase que el del señor Espronceda.

El romance á la noche, por el contrario, es uno de los más bellos que hay en nuestra lengua. Energía y fluidez en la versificación y el sabor melancólico de la frase y hasta del asonante, le coloca en nuestro entender entre las obras perfectas.

Siguen algunas canciones, cuyos títulos son: *El pescador*, *La cautiva*, *El pirata*, que tiene toda la libertad y energía que anuncia su título, *El cosaco*, *El mendigo*, singular por el giro y los pensamientos, aunque bastante incorrecta.

En estas composiciones hay algunas sobre los asuntos de las de Osian y en el mismo estilo, y un himno *al Sol*, lleno de fuego y de poesía. Sólo citaremos la última estanza, en que el vate inspirado entrevé la ruina del monarca del día.

¿Quién sabe si tal vez pobre destello  
Eres tú de otro sol que otro universo  
Mayor que el nuestro un día  
Con doble resplandor esclarecía?  
Goza tu juventud y tu hermosura,  
¡Oh, Sol! que cuando el pavoroso día  
Llegue que el orbe estalle, y se desprenda  
De la potente mano  
Del Padre soberano,  
Y allá á la eternidad también descienda  
Deshecho en mil pedazos, destrozado  
Y en piélagos de fuego  
Envuelto para siempre y sepultado  
De cien tormentos al horrible estruendo,  
En tinieblas sin fin tu llama pura  
Entonces morirá: noche sombría  
Cubrirá eterna la celeste cumbre:  
Ni aun quedará reliquia de tu lumbre.

Las composiciones intituladas *El reo de muerte* y *El verdugo* no parecen muy débiles en la elocución y en los pensamientos. Las ideas patibularias no pueden ser ennoblecidas sino por un sentimiento moral, grande y dominante; y aquí no lo hay.

Todo el talento del autor no persuadirá á nadie que es *su igual* el hombre cuyo oficio es matar por dinero. El sentimiento de horror que inspira, es general y fundado. ¿Por qué no se miran con este sentimiento los soldados que á su camarada delincuente? Porque lo hacen por obligación forzosa, y no por profesión elegida voluntariamente.

La poesía, que es el idioma del sentimiento, se prestó siempre de mala gana á los pensamientos que lo desvirtúan.

La última parte del hermoso trabajo crítico del Maestro, es la apoteosis del gran vate, su discípulo.

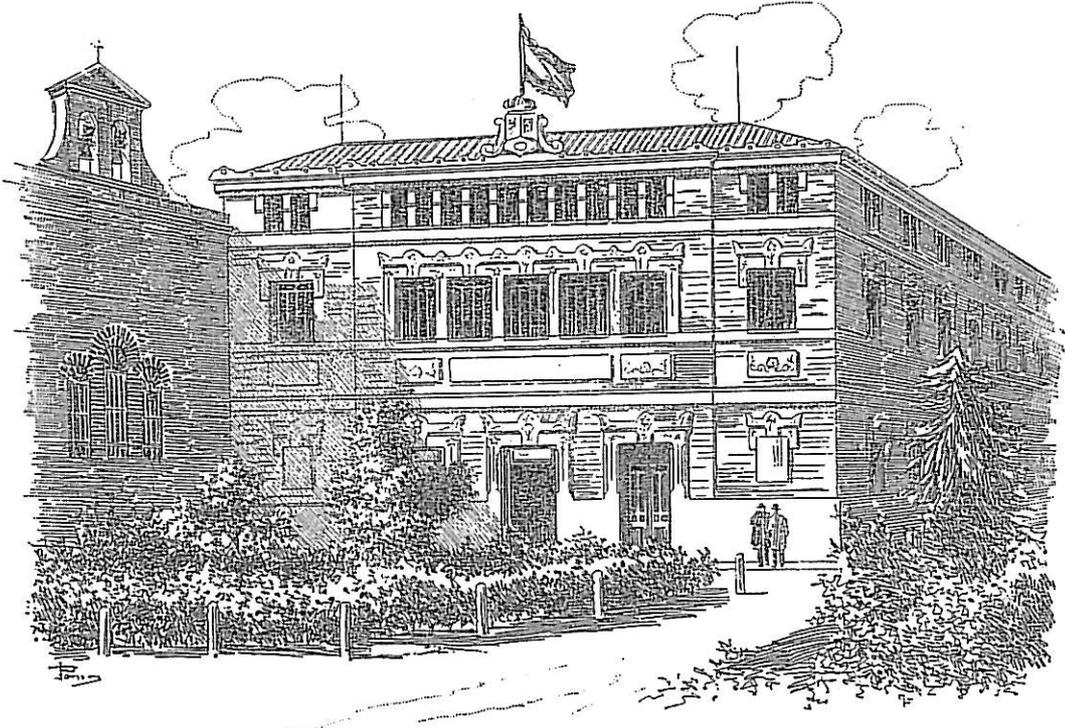
«De nuevo (dice) se ciñe el genio sus alas y vuela atrevido y triunfante cuando se restituye á su verdadero país, cuando se siente animado por el valor y el patriotismo.

Las composiciones de esta clase que comprende la colección pueden ponerse al lado de las mejores que hay en castellano.

No ceden en mérito las que el autor ha consagrado á lamentar la pérdida de las ilusiones juveniles, señaladamente la de la *orgía*, en que está muy bien retra-

tada la degradación moral del hombre, que ha trocado la nobleza del sentimiento por la inmundicia de la crápula y del sensualismo.

Concluye el libro con un cuento en que hay dos retratos inimitables: el de Elvira y el de Montemar.



MADRID — Escuela modelo de instrucción primaria.

He aquí el del hombre desalmado:

Segundo Don Juan Tenorio,  
Alma fiera é insolente,  
Irreligioso y valiente,  
Atanero y reñidor:  
Siempre el insulto en los ojos,  
En los labios la ironía,  
Nada teme y todo fia  
De su espada y su valor.  
Corazón gastado, mofa  
De la mujer que corteja,  
Y hoy, despreciándola deja,  
La que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,  
Ni recuerda en lo pasado  
La mujer que ha abandonado  
Ni el dinero que perdió.  
Ni vió el fantasma entre sueños  
Del que mató en desafío,  
Ni turbó jamás su brío  
Recelosa previsión.  
Siempre en lances y en amores,  
Siempre en báquicas orgias,  
Mezcla en palabras impías  
Un chiste á una maldición.

Síguese el retrato de su antagonista y víctima:

Bella y más pura que el azul del cielo,  
Con dulces ojos lánguidos y hermosos  
Donde acaso el amor brilló entre el velo  
Del pudor, que los cubre candorosos;  
Tímida estrella, que refleja al suelo  
Rayos de luz brillantes y dudosos,  
Angel puro de amor que amor inspira,  
Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,  
 Tierna y feliz y de su amante ufana,  
 Cuando al placer su corazón se abría  
 Como al rayo del sol rosa temprana,  
 Del fingido amador que la mentía  
 La miel falaz que de sus labios mana  
 Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno  
 De que oculto en la miel hierve el veneno.

.....  
 Que al alma virgen, que halagó un encanto  
 Con nacarado sueño en su pureza,  
 Todo lo juzga verdadero y santo,  
 Presta á todo virtud, presta belleza,  
 Del cielo azul al tachonado manto,  
 Del sol ardiente á la inmortal riqueza,  
 Al aire, al campo, á las fragantes flores,  
 Ella añade esplendor, vida y colores.

«No hemos visto (concluyó diciendo Lista) después de la *Eva* de Milton, una descripción más bien hecha del primer amor en un corazón inocente.»

El juicio crítico que formó Lista acerca de Espronceda fué tan justo, que al cabo de 60 años lo confirma y amplía con magistrales pensamientos el más afamado crítico de nuestra literatura, don Juan Valera, maestro en el estilo y en la hermosa manifestación de las ideas.

Es mucha verdad cuanto dice respecto de que los poetas y literatos que vivían en España al empezar el reinado de Isabel II, contribuyeron al triunfo del romanticismo, prestándole novedad, energía y carácter los que por cualquier motivo, voluntariamente ó por fuerza, estuvieron emigrados en Inglaterra, en Francia y en otros países, durante el reinado de Fernando VII.

«Algo semejante (dice) había ocurrido en Francia con el romanticismo. También allí le llevaron los emigrados cuando á la caída de Napoleón volvieron á su patria. Tan importante fué el papel de estos emigrados y tan poderoso su influjo en aquella gran literatura, que el célebre crítico dinamarqués Brandes, en su notabilísima obra titulada: *Las principales corrientes de la literatura en el siglo XIX*, les dedica un tomo entero.

Lo que la Baronesa de Staël, Chateaubriand, Benjamín Constant y otros fueron para Francia, lo fueron más tarde para España, ya desde tierra extranjera, ya después de repatriarse, don Juan María Maury, don Francisco Martínez de la



Juan Valera.

Rosa, don José Joaquín de Mora, don Antonio Alcalá Galiano y don Angel Saavedra, Duque de Rivas.

Al volver á España, enriquecido el espíritu por el estudio de otros idiomas y literaturas, por el trato con diversas gentes y por la contemplación de civilizaciones extrañas y distintas, asimilándose bien lo adquirido y convirtiéndolo en substancia propia, nos trajeron ó nos enviaron obras de muchísimo valor, que modificaron entre nosotros el gusto estético y pudieron más que el influjo directo de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas y de otros románticos franceses para que el romanticismo floreciera en España con sello peculiar y con poco ó ningún galicismo de pensamiento.»

Entre aquellos emigrados cita otro notabilísimo poeta: EL MÁS COMPLETAMENTE ROMÁNTICO en España, don José Espronceda, que por sus ideas, pasiones y propósitos revolucionarios se vió forzado á salir de su país en los últimos años del reinado de Fernando VII. Al morir Espronceda en 1842, cuando contaba 32 años, legó á la posteridad un hermoso conjunto de composiciones poéticas que le colocan muy alto en nuestro parnaso.

Todo cuanto hicieron sus émulos, sus envidiosos ó enemigos políticos ó religiosos por empequeñecer sus méritos y renombre, ha resultado inútil.

Valera rechaza por infundada la censura de que imitó, más de lo que convenía á la propia originalidad y gloria, á Lord Byron, á Goethe y algún otro poeta extranjero, si bien no niega que Goethe y Lord Byron influyeron poderosamente en Espronceda y fueron imitados por él.

Afirma que la bellísima *Canción del pirata* recuerda algo, aunque vagamente, *El Corsario* del vate inglés; que la carta de Doña Elvira es casi una traducción, si bien primorosa, elegante y más llena de sentimiento de la carta de Doña Julia; que la *Canción del cosaco* reproduce brillantemente la que escribió Beranger con el mismo título; y, por último, que en *El Diablo Mundo* imita Espronceda el *Don Juan* del famoso Lord en las frecuentes digresiones satíricas, cómicas y chistosas; y en la parte fantástica de la introducción y en el pensamiento generador de la obra toda se inspira en el *Fausto*, aunque en la riqueza y vigor de la expresión y en el poderoso vuelo de la fantasía, Espronceda no sólo compite con el modelo, sino que, en sentir del sabio crítico, le vence.

¡En qué párrafos más hermosos concreta su pensamiento Valera!

«Sobreponiéndose Espronceda—son sus mismas palabras—á las influencias extrañas, persiste ilesa y pura la castiza condición del poeta, y por cima de las imitaciones, justificadas por la habilidad y el buen éxito, aparece y no se borra nunca el sér original y grande de nuestro poeta español.

Si no me repugnasen en extremo las apoteosis, me atrevería yo á decir que ni los ingleses tienen más derecho á calificar de *genio* á Lord Byron, ni los alemanes á Goethe, que á Espronceda nosotros. En cuanto resulta del medio ambiente, de la educación científica y literaria, del saber y de la crítica reflexiva, que alumbraba, acompaña y guía á la inspiración, nuestro compatriota queda por bajo

del autor de *Childe Harold's*, y muchísimo más por bajo de quien, á par de canciones, elegías, poemas y dramas, compuso obras en prosa que manifiestan sus profundos conocimientos en las ciencias de la naturaleza y del espíritu.

*Pero en el estro, en la virtud impetuosa y creadora de la imaginación, en la vehemencia de los efectos y en la galanura espléndida de la expresión, ni Goethe ni Lord Byron se adelantan á Espronceda; casi estoy por afirmar que son inferiores.*

La vida de Espronceda fué corta: poco tiempo tuvo para estudiar y reflexionar: no vivió largos años como Goethe: vivió en un país donde cuando él era joven, se estudiaba poquísimo, y más bien adivinó que aprendió las ideas y las doctrinas que sirvieron de fundamento á sus concepciones poéticas. En ellas, además, se advierte un apresurado é irreflexivo desorden, que la brevedad y agitación de su vida explican, si no disculpan.

Trozos hay en las obras de Espronceda más bellos, á mi ver, por la expresión, por la elegancia y por la fuerza del imaginar y del sentir, que cuanto Goethe y Lord Byron escribieron; pero en el conjunto de sus dos obras de mayor extensión, *El estudiante de Salamanca* y *El Diablo Mundo*, Espronceda es más que Lord Byron incompleto, desigual y desordenado, y dista infinito de los bien meditados y concertados planes del vate de Alemania.

*El Diablo Mundo*, dice Valera, es lo mejor de cuanto escribió Espronceda, y es lo mejor de *El Diablo Mundo* la introducción y el primer canto.»

No puede causar sorpresa ahora que tanto se aplaudiera por unos la escuela romántica y tanto fuese censurada por otros, cuando ejerció poderosa influencia en los ánimos y, mediante las bellezas de forma é inspiración de las ideas, ya fué rebajada en comparación con el clasicismo, ya enaltecida por las novedades y osadías artísticas de que dió el romanticismo tan frecuentes ejemplos.

Si la manera espléndida y magnífica de producir Espronceda abría campo inmenso á las manifestaciones del poeta, ¿cómo no había de aceptarse aquella forma original, espontánea, todo fuerza, todo pasión, lo mismo para lo lírico, que para lo dramático, lo histórico, que lo legendario, con el sello del romanticismo?

Pasó en aquella época cosa parecida á lo que había acontecido en nuestra propia literatura cuando la invasión del gongorismo. La influencia que ejerció el padre y creador de aquella invasión del mal gusto fué seguida más tarde por infinitos ingenios que llegaron á convertir en algarabía la sencilla y hermosa manera de versificación castellana. La prosa, lo mismo que la poesía, quedaron afeadas y desacreditadas por los malos escritores. Se perdió toda noción de buen gusto. Y fué preciso después toda la labor educativa y crítica de un siglo (el XVIII) para tantear nuevos rumbos y seguir el camino que pudiera conducirnos mejor al acierto.

En este estado de vaguedad é incertidumbre estábamos todavía al comenzar el siglo XIX, á pesar del reinado de Carlos III, cuando grandes hechos históricos vinieron á perturbar á Europa y al mundo.

La gran revolución francesa hundió tronos y pueblos; las ideas tomaron nuevas direcciones; las naciones se transformaron; la civilización se esparcía con impulso asombroso.

La variación que en todo se introdujo en los años que mediaron desde la guerra de la independencia hasta que volvió á España Fernando VII, había sido tan honda y radical que ni en instituciones, ni prestigios, privilegios, ni poderes dictatoriales y caducos, podían seguir pensando ya los representantes de una monarquía que se hundió desacreditada por sus mismos vicios y corrupciones, y sólo logró salvarse mediante los heroicos esfuerzos de pueblos confiados y cándidos.

La nación española comprendió harto tarde que aquella Monarquía no era más que una rémora para su bienestar y progreso. Del 14 al 20 demostró el hijo de María Luisa de lo que era capaz como Rey y como hombre. Todo elemento liberal fué perseguido; todo elemento regresivo halló favor y aliento. Las tramas más indignas se preparaban para echar por tierra toda reforma. Fué necesaria la revolución del 20 para que la Monarquía absoluta, de acuerdo con los vendidos á la mentira, los negociantes del Trono y de la religión, no pudiera llevar adelante sus planes liberticidas.

Cuando, ahogada en sangre la revolución, el déspota quedó triunfante, todo rigor extremóse hasta degenerar en tiranía. El crimen y la maldad prevalecieron. No fué ya un hombre el que se sentaba en el Trono. Era un monstruo que nunca saciaba su voracidad exterminadora.

En aquellos once años, comprendidos desde el 24 al 33, en que murió aquel malvado, se cometieron multitud de crímenes por la Monarquía.

Los hombres más sabios de España vivían en el extranjero; los más jóvenes se educaban con esperanzas de mejora para la Patria, para la regeneración social, para los adelantamientos intelectuales.

Era natural la aparición del llamado romanticismo. Era la renovación de todo pensamiento grande, decisivo, impetuoso. Era la protesta general contra todo lo reglamentario, absurdo, restrictivo.

Los espíritus meticulosos, los que se hallaban bien dentro de su ignorancia ó pobreza de juicio, no querían creer en la virtualidad de propósitos generadores de aquella escuela; pero los hombres ilustrados, los justipreciados del verdadero fin que perseguía, siempre la respetaron, aunque no se conformaran en la marcha extraviada que muchos adoptaron, y algunos hubo partidarios de la antigua escuela clásica que transigieron también con lo romántico en varias obras suyas, que luego la posteridad ha sancionado como superiores y dignas de loa.

Toda clase de vacilaciones terminó cuando el Duque de Rivas dió al teatro su magnífico drama trágico, *Don Alvaro ó la Fuerza del sino*. La representación de esta obra fué el momento decisivo para el triunfo del romanticismo en el teatro español.

Mirada la escuela romántica con bastante aprecio por varios poetas y escri-

tores de aquella generación, aunque sin mostrar apasionamiento, los ensayos hechos por Maury en *Esvero* y *Almedora*, por Larra en su *Macías* y por Martínez de la Rosa en *Aben Humeya* y en la *Conjuración de Venecia*, despertaron muchos deseos sobre la continuación y buen éxito de tales intentos.

Era el Duque de Rivas muy conocido como notable representante de la escuela clásica, aunque luego, durante su expatriación, modificó sus predilecciones, como lo demostraron las nuevas corrientes de inspiración á que hubo de atenerse.

Hombre de excelente gusto literario, de criterio superior, en contacto con las ideas predominantes en naciones más ilustradas que la nuestra, era imposible que se sustrajese al influjo del predominio de lo romántico en la esfera del arte literario.

Su mismo modo de ser poético se ostentó con más nuevas y especiales formas en varias de sus composiciones. *El Faro de Malta* es una hermosa producción de originalidad notoria. Lo fué también *El Moro Expósito*, especie de epopeya ó de leyenda mejor dicho, á la que dedicó un amplio escrito don Antonio Alcalá Galiano sobre el romanticismo en las literaturas extranjeras, recuerdos de erudición muy curiosos, pero que en casi nada pudieron influir en la mayor parte de los que cultivaron el romanticismo español. Sobre las hazañas del bastardo Mudarra está basada esta obra, y el autor se ocupa con diversos y numerosos episodios en sucesos interesantes, ya novelescos, ya históricos, ya trágicos, que hacen de la narración un todo maravilloso, en donde, por regla general, resplandecen gran estro y lirismo.

Se ha procurado indicar por algunos el génesis de la citada obra, no siendo cierto, sino probable, cuanto se ha dicho por algunos eruditos.

Lo más verdadero y seguro es que el Duque de Rivas tenía ya demostrada su predilecta afición á estos temas antes de que escribiera *Don Alvaro*.

Esta grandiosa manifestación de la nueva escuela literaria se estrenó en el teatro del Príncipe el 22 de Marzo de 1885.

El P. Francisco Blanco García reconoce y confiesa en su obra sobre la *Literatura española en el siglo XIX* « que el público de Madrid, ávido de sensaciones; los literatos jóvenes, que habían oído nombrar á Byron, que soñaban con René y adoraban en Victor Hugo; no pocos defensores de las rancias unidades y todos los que entendían algo de la nueva literatura, aplaudieron con frenesí las escenas de *Don Alvaro*.

Aquello (añade) era en verdad una rebelión á cara descubierta contra el decadente clasicismo, no al modo ecléctico del *Macías* ni con las contemplaciones de Martínez de la Rosa en la *Conjuración de Venecia*, sino con arrojo extraordinario, con visible afán de menospreciar las reglas cuando se ofrece ocasión y cuando no se ofrece. El autor de *Don Alvaro* no sólo ha roto los estrechos moldes de sus antiguas tragedias, sino que se ha desembarazado totalmente de los recuerdos de su educación literaria. »

Sin embargo, no puede por menos de afirmar que la nueva obra entraba de

lleno en el gran movimiento que agitaba á todas las naciones cultas, y era gemela y rival de las engendradas por el romanticismo en Alemania, Francia é Inglaterra.

En su sentir, «el héroe es figura de gigantescas proporciones como Conrado y Don Juan, apasionado como René, suicida como Werther, simpático y audaz como Carlos Moor, perseguido como todos ellos por una fatalidad sin nombre.

Analizándole con la razón fría y disectora, Don Alvaro es un monstruo; combinando el dictamen de la razón con el del sentimiento, Don Alvaro es un prodigio. Desde luego no hay que buscarle en el círculo común de los hombres; y el condenar el drama por este motivo sería interpretar malamente la ley de la verosimilitud, que no sólo tolera lo fundado directamente en la realidad, sino también lo posible, y entre lo posible lo sorprendente, lo casual; todo, menos lo disforme y antitético.

Don Alvaro no es un personaje del siglo XVIII, porque lo mismo puede pertenecer á él que á cualquiera otra época, si se descartan algunos accesorios que nada tienen de imprescindibles ni esenciales. Interesa como interesaría en otras circunstancias: interesa porque es vigorosa personificación del infortunio no merecido.

» Véasele á un mismo tiempo en la cumbre de la felicidad y en el infierno del dolor; nace noble, y se encuentra apartado de sus padres; ama con delirio honesto, halla la deseada correspondencia y cuando va á tocar con la realización de sus deseos, interpónese el padre de su adorada, á quien involuntariamente quita la vida. Escucha de su boca palabras de tremenda execración, que alternan con el anhelo fatigoso de la última agonía; y si el desdichado corre en busca de la muerte, se la negará el *sino* entre el fragor de las armas, viniendo, en cambio, á matar al valeroso Carlos, el hermano de Leonor.

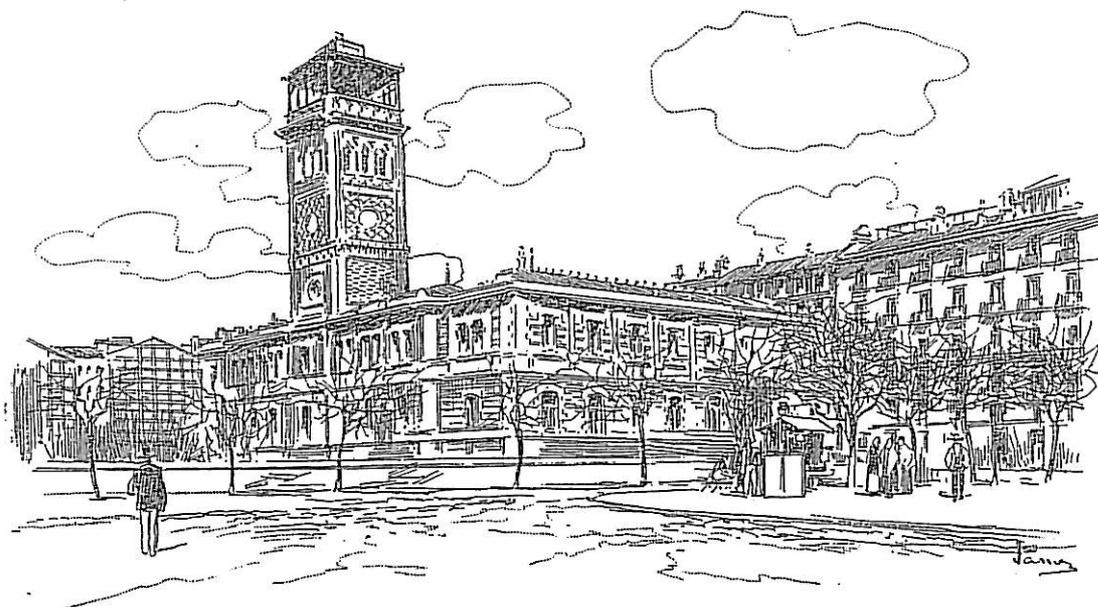
¿Se acoge al retiro de los claustros? No basta para detener el torrente de sus infortunios: aguárdale la ira de Alfonso Vargas, que, al saber la muerte segura de su hermano Carlos y la probable de Leonor, causadas por el infelicísimo amante, le busca sin tregua hasta encontrarle vestido con el sayal religioso.

Y cuando Don Alvaro oye la dichosa nueva de haber puesto el rey en libertad á sus padres, se ve forzado á medir sus armas con Alfonso, que con ánimo hostil le ha contado aquel suceso; y hiere de muerte al segundo hermano de su antigua amante, á la que reconoce en el supuesto monje que habitaba una mansión contigua al convento de los Angeles. Y viendo Alfonso, ya moribundo, á su hermana Leonor, la atraviesa con su agudo puñal, arrojándose al fin Don Alvaro, la causa inocente de tantos males, por alto despeñadero, después de llamar con horrendas imprecaciones á los negros espíritus del abismo.»

El grandioso drama trágico del Duque de Rivas ha sido falseado en su pensamiento generador por algunos críticos, ó mejor dicho, por algunos eruditos llamados católicos. El espíritu del famoso primer drama romántico en España,—se dice,—no ha de ser sino cristiano, ó más propiamente católico.

Pretender tal cosa es el mayor de los absurdos. Nada de cristiano ni de católico tiene el drama. Predomina en todo él ese fatalismo del destino humano, productor de todas las pasiones que origina los más terribles conflictos en las luchas de la vida entre los individuos y las familias. A pesar de las doctrinas religiosas y de los absurdos por ellas difundidos, la verdad se impone, y la trama y finalidad del drama no puede desfigurarse, porque el creador inmortal de la obra dejó esculpido en ella su pensamiento trascendental y profundamente verdadero.

Es cierto que el poeta no manifiesta directamente en la obra dramática sus ideas y sentimientos; pero no por eso deja de expresar siempre en obras de la índole que nos ocupa un determinado pensamiento. « La mayor parte de las producciones dramáticas,—ha dicho el primer crítico español del siglo XIX; el incomparable don Manuel de la Revilla,—entrañan una concepción moral, un pensamiento trascendental que se manifiesta en la misma acción. Este pensamiento



MADRID — Las Escuelas de Aguirre.

constituye en tales casos el fondo de la obra, pues la acción, argumento ó asunto de ésta es en realidad su forma imaginativa, la creación fantástica en que el poeta encarna su pensamiento.»

Estudiada la enaltecida obra del Duque de Rivas con el amplio criterio que hoy exige la crítica, sería impertinente seguir sosteniendo por contemplaciones imposibles los errores antiguos.

Que la crítica convencional de los católicos continúe en sus prejuicios infundados. Nosotros optaremos por lo que el mismo espíritu original del autor nos ha dejado expresado en su propio pensamiento, que no podía engañarse ni engañarnos.

Don Alvaro, el protagonista del drama, es un modelo de caballeros. Prendado de la celestial belleza de Doña Leonor, hija del Marqués de Calatrava, corres-

pondido, pide Don Alvaro al Marqués la mano de su hija. Niégase resueltamente el Marqués por esa terquedad linajuda de ciertas familias nobles, que nunca creían digno al pretendiente de sus hijas si no tenían también títulos nobiliarios sobre cuantiosas riquezas.

Los jóvenes se aman, sin embargo. Cerrado el camino de su felicidad, buscan recursos lícitos y honrados para conseguirla. El padre ha llevado á su hija á una casa de campo que tenía en los alrededores de Sevilla. Los enamorados siguen viéndose y hablando. Preparan fugarse, casándose en San Juan de Alfarache.

Se acerca el momento de huir. Llega Don Alvaro de noche más tarde de la hora prometida. Entra por el balcón y se echa en brazos de Leonor, diciéndole con gran vehemencia:

¡Ángel consolador del alma mía!...  
 ¿Van ya los santos cielos  
 A dar corona eterna á mis desvelos?  
 ¡Me ahoga la alegría!...  
 ¿Estamos abrazados  
 Para no vernos nunca separados?...  
 Antes, antes la muerte  
 Que de ti separarme y que perderte.

Exclama entonces Doña Leonor muy agitada: ¡Don Alvaro!  
 El cual, poseído de ferviente amor, dice:

Mi bien, mi Dios, mi todo.  
 ¿Qué te agita y te turba de tal modo?  
 ¿Te turba el corazón ver que tu amante  
 Se encuentra en este instante  
 Más ufano que el sol?  
 . . . . .

Después dice Don Alvaro á su adorada:

De mi retardo  
 No soy culpado, no, dulce señora;  
 Hace más de una hora  
 Que despechado aguardo  
 Por estos alrededores  
 La ocasión de llegar, y ya temía  
 Que de MI ADVERSA ESTRELLA LOS RIGORES  
 Hoy deshiciera la esperanza mía.  
 Mas no, mi bien, mi gloria, mi consuelo,  
*Protege nuestro amor el santo cielo*  
 Y una carrera eterna de ventura,  
 Pródigo á nuestras plantas asegura.

Don Alvaro sigue embriagado en sus ensueños de amor y, ya dispuesto para marchar con su amada, profiere ternezas tan del corazón como éstas, colmo de ilusiones purísimas:

. . . La jaca torda,  
 La que, cual dices tú, los campos borda.  
 La que tanto te agrada  
 Por su obediencia y brío,  
 Para ti está, mi dueño, enjaezada;  
 Para Curra el overo;  
 Para mí el alazán gallardo y fiero...  
 ¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!  
 En San Juan de Alfarache, preparado  
 Todo, con gran secreto, lo he dejado.  
 El sacerdote en el altar espera;  
*Dios nos bendecir á desde su esfera,*  
 Y cuando el nuevo sol en el oriente,  
 Protector de mi estirpe soberana,  
 Númen eterno en la región indiana,  
 La regia pompa de su trono ostente,  
 Monarca de la luz, padre del día,  
 Yo tu esposo seré, tú esposa mía.  
 . . . . .

Hasta aquí el idilio. Pero *Dios no bendijo á los enamorados jóvenes desde su esfera; ni el santo cielo protegió su amor. Triunfó la adversa estrella de los rigores contra Don Alvaro.*

Un canónigo sevillano, muy amigo del Marqués de Calatrava, llega á saber que Don Alvaro ronda á su novia en la quinta de Alfarache. El buen hombre procura que llegue á conocimiento del Marqués. «Sería faltar (dice) á la amistad no avisar al instante al Marqués. Tal vez podemos evitar una desgracia.»

Y, sin embargo, aquel santo varón, tan celoso y tan pío, es el verdadero responsable de lo que pasó, base de todo lo sucesivo hasta la final catástrofe.

El Marqués de Calatrava había dado motivo con sus obstinadas negativas á los planes de los enamorados. Aun en los momentos que entra el Marqués en la sala donde estaba Doña Leonor con Don Alvaro, éste conserva prudencia en medio de su contrariedad y desasosiego.

El Marqués, sin embargo, demuestra extremada provocación; insulta á Don Alvaro, insulta á su hija.

Llega Don Alvaro, hincada una rodilla, á decir al iracundo prócer:—Vuestra hija es inocente... Yo soy el culpado... Atravesadme el pecho.

Nuevos insultos provocan á Don Alvaro. Manda el Marqués á sus criados que se echen sobre el infame, que le sujeten, que le aten.

—Vos solo (dice entonces Don Alvaro) tenéis derecho para atravesarme el corazón... Sí, debo morir... pero á vuestras manos.

Don Alvaro pone una rodilla en tierra y pronuncia estas palabras:

—Espero resignado el golpe: ya me tenéis desarmado.

Tira entonces la pistola, que al dar en tierra se dispara y hiere al Marqués, quien cae moribundo en los brazos de su hija y de los criados, maldiciendo á Leonor. Don Alvaro, aterrado por la inesperada desgracia, exclama: ¡Dios mío! ¡arma funesta! ¡noche terrible!

Doña Leonor busca, al año de la muerte de su padre, después de algunos meses de permanencia al lado de una tía suya, la tranquilidad del ánimo en un convento de franciscanos. Allí, alejada de todo trato con el mundo, vivió mucho tiempo en una gruta cercana, como penitente, sabiendo que era mujer solamente el padre prior, varón bueno y creyente en milagros y favores del cielo.

El padre guardián, lleno de cándida fe, decía á Leonor:

¡Oh! no lo dudo, hija mía.  
Libre estás en este sitio  
De esas vanas ilusiones,  
Aborto de los abismos.  
Las insidias del demonio,  
Las sombras á que da brío  
Para conturbar al hombre,  
*No tienen aquí dominio.*

A lo que añade la incauta Leonor con sin igual buena fe, hija de su ignorancia y desengaño de la vida, la siguiente serie de optimismos:

Por eso aqui busco ansiosa  
*Dulce consuelo y auxilio,*  
*Y de la Reina del cielo*  
*Bajo el regio manto abrigo.*

Pero ni esto, ni sus inmejorables propósitos de dedicar toda su vida á Dios en tan selváticas soledades, pudieron sacarla de aquella gran infelicidad en que la dejó sumida la muerte de su padre, juntamente con la pérdida cruelísima de sus éxtasis amorosos.

*La Reina del cielo* no la consoló ni auxilió nunca.

El fatalismo del destino humano ensañóse en ella, como se ensañó en el antiguo adorado de su alma.

¡Qué continuo penar la vida de aquel Don Alvaro, tan bueno, tan digno, tan valiente, tan pundonoroso, tan caballero, tan enamorado!

Con cuánta verdad y con qué amargura decía:

¡Qué carga tan insufrible  
Es el ambiente vital,  
Para el mezquino mortal  
*Que nace en signo terrible!*  
¡Qué eternidad tan horrible  
La breve vida! Este mundo  
Qué calabozo profundo  
*Para el hombre desdichado*  
*A quien mira el cielo airado*  
*Con su ceño furibundo!*  
Parece, sí, que á medida  
Que es más dura y más amarga

Más extiende, más alarga  
*El destino nuestra vida!*  
*Si nos está concedida*  
*Sólo para padecer,*  
 Y debe muy breve ser  
 La del feliz, como en pena  
 De que su objeto no llena,  
*¡Terrible cosa es nacer!*  
 ¡Sevilla!!! ¡Guadalquivir!!!  
 ¡Cuál atormentáis mi mente!...  
 Noche en que vi de repente  
 Mis breves dichas huir!...  
*¡Oh, qué carga es el vivir...*  
*Cielos, saciad el furor...*  
 Socórreme, mi Leonor,  
 Gala del suelo andaluz,  
 Que ya eres ángel de luz

Junto al trono del Señor.

.....  
 ¡Cuánto, oh Dios, cuánto se engaña  
 El que elogia mi ardor ciego,  
 Viéndome siempre en el fuego  
 De esta extranjera campaña!  
 Llámanme la prez de España,  
 Y no saben que mi ardor  
 Sólo es falta de valor,  
 Pues busco ansioso el morir  
 Por no osar el resistir  
*De los astros el furor.*  
 Si el mundo colma de honores  
 Al que mata su enemigo,  
 El que lo lleva consigo  
 ¿Por qué no puede?...

Interrumpe Don Alvaro su soliloquio al oír ruido de espadas y voces de ¡traidores! muera, ¡viles! ¡socorro!...

El que lo demandaba era Don Carlos de Vargas, hijo del Marqués de Calatrava, que como teniente coronel del ejército español, había llegado á Italia diez días antes, y aquella misma tarde al campamento de Veletri, donde estaba como capitán de granaderos con gran fama de valiente Don Alvaro, el amante de Doña Leonor, hermana de Don Carlos.

Como Don Alvaro llevaba el nombre de Don Fadrique de Herreros y Don Carlos dijo llamarse don Félix de Avendaña, en la primera y sucesivas entrevistas de los dos enemigos mortales, todo fué cortesanía y mutua consideración y aun especial cariño.

Don Alvaro, al socorrer á Don Carlos, con lo que logró librarle de la muerte en un garito, al que le llevó un capellán puesto de acuerdo con varios fulleros; recibió palabras cariñosas de gratitud. Intimaron después, y llegaron á ser tan leales amigos, que habiendo sido gravemente herido en un combate Don Fadrique de Herreros, no es decible cuánto se interesó Don Félix de Avendaña por su salvación y regalo. Más bien parecían hermanos que recientes camaradas. Como que estuvo á punto de muerte Don Alvaro, dejó por testamentario suyo á Don Carlos, suponiéndole siempre Don Félix de Avendaña. La curiosidad le hizo fijarse en los papeles que guardaban los secretos de Don Alvaro. No tocó á ellos, aunque le asaltó la desconfianza, por ciertos indicios, de que aquel Don Fadrique de Herreros pudiera ser el odiado Don Alvaro, condenado á muerte sin remisión por venganza implacable de la linajuda progenie del Marquesado de Calatrava, tan amantes de sus pergaminos y tan católicos.

En mal hora se fija Don Carlos en una cajita que había entre los mismos papeles no revisados. Al destaparla lo supo todo: era el retrato de su hermana, la desventurada Doña Leonor.

Presas de gran agitación exclama entonces:

¡Cielos!... no... no me engañé,  
 Esta es mi hermana Leonor...  
 ¿Para qué prueba mayor?...  
 Con la más clara encontré.  
 Ya está todo averiguado;  
 Don Alvaro es el herido.  
 . . . . .  
 ¿Y á la infame... me atribulo,  
 Con él en Italia tiene?..  
 Descubrirlo me conviene  
 Con astucia y disimulo.  
 . . . . .

Don Félix de Avendaña queda convertido en fiera. No ve, no piensa, no quiere más que vengarse, matar á Don Alvaro, matar á su misma hermana. Nada de ternezas ya, nada de compasión, muerte al indiano, al advenedizo, al malvado matador de su padre y del honor de su hermana. Una explosión de ira salvaje, de furor de la bestia humana sale de su corazón, domina y esclaviza su alma.

Con precauciones infames se apresta Don Carlos á tomar venganza de su confiado amigo. Y cuando sabe que ya está completamente curado, con preguntas capciosas va descubriéndole sus pensamientos de exterminio.

Don Carlos se felicita de ver ya bueno á Don Alvaro y capaz de entrar en acción. Y añade:

Palpita mi corazón  
 Del placer más alto lleno.  
 Solamente no quisiera  
 Que os engañara el valor  
 Y que el personal vigor  
 En una ocasión cualquiera...

A lo que replica Don Alvaro, como extrañado de tales rodeos: *¿Queréis pruebas?* Nueva impertinente pregunta de Don Carlos lleva la cuestión al punto que deseaba, y provócase el conflicto de pasiones.

Quiere saber Don Carlos si Don Alvaro no tendría enemigos personales con quien combatir sin necesidad de lances de guerra.

Y, confuso Don Alvaro, dice:

*¿A quién le faltan?—Mas no  
 Lo que me decís comprendo.*

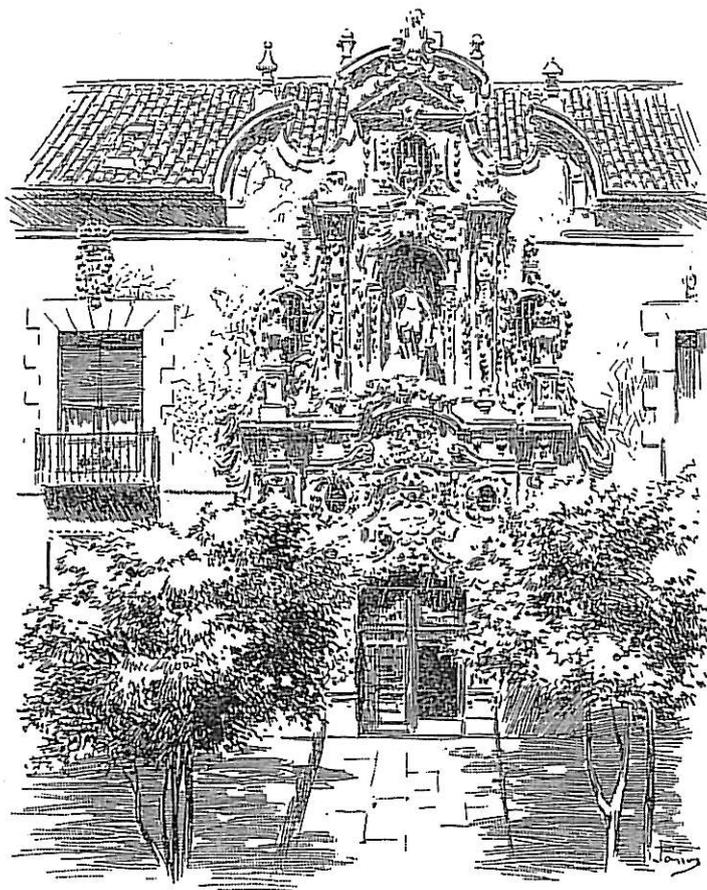
A lo que contesta ya sin ningún miramiento Don Carlos:

*Os lo está á voces diciendo  
 Más la conciencia que yo.  
 Disimular fuera en vano...  
 Vuestra turbación es harta..  
 ¿Habéis recibido carta  
 De Don Alvaro el indiano?*

Exclama Don Alvaro entonces fuera de sí:

¡Ah, traidor! ¡Ah, fementido!  
Violaste infame un secreto,  
Que yo débil, yo indiscreto,  
Moribundo... inadvertido...

Toda esta escena primera de la jornada cuarta del drama, es admirable.  
Pero en la titánica lucha que se entabla entre aquellos dos hombres que in-



MADRID — El Hospicio.

tentaban destruirse, Don Carlos queda humillado siempre ante la rectitud, nobleza y gallardía de Don Alvaro. ¡Qué carácter tan simpático y generoso el de éste!

¡Qué carácter tan fatuo, tan vanidoso, tan indiscreto y provocador el de Don Carlos!

En un momento de sublime nobleza de ánimo, llega á decir Don Alvaro á su mortal enemigo:

No os neguéis á la razón,  
Que suele funesto ser.  
*Pues trataron las estrellas*  
Por raros modos de hacernos

Amigos, ¿á qué oponernos  
A lo que buscaron ellas?

¿Teméis que vuestro valor  
Se disminuya y se asombre,  
Si halla en su contrario un hombre  
De nobleza y pundonor?...

Contesta Don Carlos con groseros insultos, que retardan todavía el terrible lance personal que con furiosa demencia provocaba, por ocurrirse á Don Alvaro algunas aclaraciones como pundonoroso caballero, en contestación á las apasionadas diatribas y falsedades del hijo del Marqués.

Yo á vuestro padre no herí;  
*Le hirió sólo su destino.*  
*Y yo á aquel ángel divino,*  
*Ni seduje, ni perdí.*

Cuando Don Alvaro sabe que su Leonor no ha muerto, llega hasta la mayor ternura, y todo quisiera que lo borrara la conciliación en virtud del amor más puro...

Pero Dios no movía el duro corazón de Don Carlos. Era esclavo y de una venganza espantosa. Estaba ciego de orgullo y de furor. La fatalidad le arrojaba al precipicio.

Llegó Don Carlos á desesperar á Don Alvaro cuando en un rapto de locura le dijo:

Ruge entre los dos un mar  
De sangre... ¿Yo al matador  
De mi padre y de mi honor  
Pudiera hermano llamar?  
¡Oh, afrenta! Aunque fueras rey.  
*Ni la infame ha de vivir.*  
*No, tras de vos va á morir,*  
*Que es de mi venganza ley.*  
Sí á mí vos no me matáis,  
Al punto la buscaré,  
Y la misma espada que  
Con vuestra sangre tiñáis,  
En su corazón...

Callad (le dice Don Alvaro).

Callad... ¿delante de mí  
Osásteis?...

Don Carlos con resolución:

Lo juro, sí;  
Lo juro...  
¿El qué?... (le interrumpe Don Alvaro). Continúad.  
La muerte de la malvada  
En cuanto acabe con vos (contesta Don Carlos).

Entonces Don Alvaro no puede ya contenerse y con sublime arrogancia dice:

Pues no será, vive Dios,  
Que tengo brazo y espada.  
Vamos... libertarla anhelo  
De su verdugo. Salid.  
*Don Carlos.* A vuestra tumba venid.  
*Don Alvaro.* Demandad perdón al cielo.

Muerto queda Don Carlos de una estocada por fatalidad de su triste destino.

Cinco años después, retirado ya de la lucha de la vida Don Alvaro, vistiendo el sayal de San Francisco en el mismo convento á donde había ido á acogerse su amada en una cercana ermita; allí, ignorándolo todo, resignado, anonadado, confundido ante sus inmerecidas desventuras, no la tentación, ni pensamiento infame, sino la fuerza misma de su sino, su nativa é incesante desgracia, su mala estrella, la fatalidad inexorable, si, va á buscarle, á perturbar su aparente sosiego, á concluir con su tranquilidad, á desafiar su paciencia y su valor, á consumir la tragedia de sus dolores y de su existencia.

¡Oh! qué final más desastroso. Don Alvaro no es, sin embargo, responsable de la catástrofe. Mata á Don Alfonso, el otro hermano de Leonor, porque ha llegado hasta su misma celda, cuando estaba de rodillas en oración, cuando le ha insultado, denigrado, abofeteado, cuando todas sus reflexiones han sido escuchadas con burlas indecentes, cuando se ha visto obligado á medir con él la espada, á herirlo mortalmente.

Don Alfonso, ya en tierra y moribundo, exclama:

—¡Dios mío! ¡Confesión! Soy cristiano... Perdonadme... salva mi alma...

—¡Confesión! ¡confesión! — exclama de nuevo... — Conozco mi crimen y me arrepiento... Salvad mi alma, vos que sois ministro del Señor...

Pero Don Alvaro, aterrado, en un momento de supremo desconsuelo ante tan horrendo espectáculo, con entereza tan propia de su excepcional carácter, dice: «no, yo no soy más que un réprobo, presa infeliz del demonio. Mis palabras sacrilegas aumentarían vuestra condenación... Estoy manchado de sangre, estoy irregular... Pedid á Dios misericordia»...

Sin embargo, cerca vivía aquel penitente de quien le había hablado el padre guardián. Aquel penitente podría absolver á Don Alfonso. «Esperad», le dice...

Pero cuando Don Alvaro conoce á su Leonor en aquel espectro, y la pobre mujer corriendo detrás, va exclamando: «¡Dios mío! ¿Es Don Alvaro? conozco su voz... Él es... ¡Don Alvaro!» entonces, al llegar donde estaba expirando Don Alfonso, que creía que Leonor estaba allí con el que juzgaba en su furiosa demencia su seductor; el moribundo, al ir á abrazar Leonor á su hermano, saca un puñal y la mata, diciendo: «recibe el premio de tu deshonra... Muero vengado».

Aquel postrero golpe de la fatalidad deja anonadado al varón de desgracias.

—¡Desdichado!— exclama, —¿qué hiciste? ¡Leonor! ¿Eras tú?... ¿Tan cerca de mí estabas?... ¡Ay!

Y sin osar acercarse á los cadáveres, dice: «Aun respira... aun palpita aquel corazón todo mío... Ángel de mi vida... vive... vive... yo te adoro... ¡Te hallé por fin... sí, te hallé... muerta!

Don Alvaro, desde lo más alto de un monte, se precipita, en medio de horrorosa desesperación, gritando:

—¡Infierno, abre tu boca y trágame! ¡Húndase el cielo, perezca la raza humana; exterminio, destrucción!

No, no es un drama donde predomina la idea cristiana ó católica, si se quiere, el inspirado libro del Duque de Rivas. Es perfecta manifestación del fatalismo del destino humano, sin que haya poder superior que disminuya ni contenga los arrebatos y las pasiones más abominables, especialmente cuando radican en los instintos bestiales del odio, de la venganza y del exterminio.

Es una candidez incomprendible, como intentó el señor Cañete demostrar, sin probarlo, que se inspiraba en espíritu cristiano el primordial pensamiento del *Don Alvaro*, cuando es todo en él puramente humano, cuando todo obedece á leyes naturales con maravillosas intuiciones que revelan las deformidades del sér y de sus luchas terribles en el fatalismo de la vida. Todos obedecen á su propio fatídico destino.

Los mejores propósitos ó sueños de la voluntad, ¿no quedan anulados en la misma predestinación católica, que, después de todo, no es otra cosa en la práctica sino una especie de reproducción ciega de fatalismo musulmán?

¿Existe quizá el libre albedrío? O ¿no somos tal vez esclavos de pasiones ó prejuicios, sin que nuestra voluntad sea la que triunfe y se imponga en la fatalidad de nuestros actos, aun en la marcha directa de la vida?

El gran filósofo Arturo Schopenhauer, en su tratado *La Libertad*, ha demostrado con inmenso número de racionios propios y de pensadores antiguos y modernos, que no puede ni debe tener crédito hoy entre las personas que discurren la doctrina del libre albedrío.

¿Obró con él Don Alvaro? ¿No fué más bien juguete de su desgracia? ¿No fué causante de sus desventuras y de su muerte la propia fuerza de su sino?

Tan obcecadamente desfiguró Cañete la idea de la obra romántica del Duque de Rivas, que otro crítico católico, el P. Blanco García, no ha podido menos de rebatir los argumentos por aquél presentados.

«Para el señor Cañete (dice el fraile agustino, que en esto acierta) Don Alvaro es la afirmación de la Providencia cristiana; sus impensadas é inauditas desventuras, justo castigo de su irreflexión y atrevimiento; la muerte de sus víctimas, sacrificio propiciatorio, aunque estéril, de tantos crímenes.»

Innumerables absurdos se siguen de esta hipótesis, como dice el mismo Blanco

García. Dios castigaría entonces las culpas verdaderas ó supuestas de un individuo con la destrucción de aquella familia, contra cuya honra atentó; le presentaría las ocasiones con influjo tan irresistible, que fuera casi necesario un prodigio para no caer; y en castigo de un pecado, le forzaría en cierta manera á cometer otros muchos. El mismo pecado, que tanto se quiere afear, existe, sin duda; pero no tiene las colosales proporciones que gratuitamente se le atribuyen.

El P. Blanco García comprende la razón con que se expresa la crítica positivista, aunque no lo confiese, cuando para confutar los paralogismos de Cañete, dice con intención notoria:

«¿Por qué motivo sufre Don Alvaro los rigores de la infamia desde sus primeros años? ¿Por cuál otro, ó no le disminuye los peligros la Providencia, ó no le otorga el dón del arrepentimiento, siquiera al fin de la vida?

Pese á todos los sofismas ingeniosos, Don Alvaro aparece en toda la obra como víctima de un *sino* irresistible; y si no fuese por su inocencia, no se captara tan en absoluto nuestra admiración y simpatía.

¿Se buscan aun más pruebas? Ahí está el mismo drama, desde el título hasta el desenlace. Ahí está la espontánea interpretación que le da todo el mundo, quiero decir, los que no se van tras implacables sutilezas. Ahí están las obras del romanticismo francés, á cuyo calor brotó el *Don Alvaro*, aunque con carácter propio é inconfundible.»

Recuerda también el agustino las escenas de la buenaventura y las palabras del protagonista, sobre todo en aquel monólogo en que habla de haber *nacido en sino terrible*, y que buscaba la muerte *por no osar el resistir de los astros el furor*.

Y concluye sosteniendo que *la fuerza del sino* no es aquí una frase retórica, y sí una *especie de fatalidad*, distinta de la pagana, y más afine á la *suerte* y la *ventura* de las creencias populares.

La agitación, mejor dicho, la gran sorpresa que produjo en el año 1835 la aparición del *Don Alvaro*, hizo que el público se ocupara con verdadero entusiasmo en su estudio y trascendencia.

En medio de las infinitas impertinencias que sobre el fondo y la forma del drama se dijeron, siempre habrá que recordar que ya acertó con algo importante que ocultaba la obra el crítico de *El Artista*, el señor Ochoa, cuando escribió con tal motivo, como preliminar de críticas que perfeccionarían en otros tiempos sus indicaciones: «Don Alvaro es tipo exacto del drama moderno, obra de estudio y conciencia, llena de grandes bellezas y de grandes defectos, sublime, terrible personificación del siglo XIX.»

El drama fué objeto de discusiones apasionadas, después de todo, por la misma novedad de la obra, la grandiosidad del pensamiento, la intención de muchas escenas, la variedad de las formas literarias, la exactitud en la pintura de los personajes y la presentación de cuadros y costumbres populares, deliciosamente descritas, con sabor de puro y castizo desenfado y naturalismo que seduce. Es el

drama más hermoso, más verdadero de todos los españoles en el siglo XIX, sin recursos extraños á la realidad, que obscurecen siempre las bellezas con las fealdades de lo inverosímil cuando se emplea el elemento religioso ó el simbolismo de poderes supraterrrenales.

Allí está la vida presentada tal como realmente es: mezcla de lo cómico y lo trágico; la alegría al lado del dolor; la fatalidad del humano destino en contraste con los optimismos más puros de las almas soñadoras.

El mismo pincel que os hace admirar la escena primera de costumbres andaluzas en Sevilla y sus alrededores, os presenta luego las escenas terribles de la muerte del Marqués, de Don Carlos, de Don Alfonso, de Doña Leonor, del protagonista mismo.

Un interés cada momento más creciente, más seductor, más grande se difunde en toda la obra, produciendo la admiración. La más profunda emoción estética llega á dominarnos.

Y lo que decimos de las anteriores, podemos añadir de todas las escenas de las cinco jornadas del drama, ya se hable de la deliciosa pintura y coloquio en la cocina del mesón de Hornachuelos, ya de la huida de la desgraciada Leonor al convento de los Angeles; ya de su conversación con el maleante hermano Melitón; ya de las saladas ocurrencias de éste cuando reparte la bazofia á los pobres que acuden por ella á la puerta del convento.

«Excepto lo absurdo, lo inverosímil, lo extravagante y lo feo» (cosas todas que con grave error admitió en el drama la escuela romántica, en palabras del señor Revilla), todo lo que éste deseaba y preceptuó como propio del verdadero drama español en el siglo XIX, lo contiene la excelsa obra del Duque de Rivas, á quien su buen gusto y talento preservaron de incurrir en las faltas y despropósitos indicados por aquel crítico esclarecido.

«La acción del drama en general (palabras del señor Revilla) ha de ser más varia y complicada que la de la tragedia y la comedia, y puede admitir, sin romper su unidad, episodios de todo género, personajes de todas clases (siempre que unos y otros sean bellos) alternando, por tanto, en ella lo terrible y lo risueño, lo extraordinario y lo vulgar, lo grande y lo pequeño, manifestado todo ello en rica variedad de formas de estilo, lenguaje y versificación. Infiérese de aquí que los preceptos retóricos tienen escasa cabida en este género, en el cual debe dominar la libertad más amplia, sin otros límites que los que le imponen la naturaleza misma del género dramático, y los preceptos de la sana razón, de la estética y de la moral. En este género tiene el autor libertad completa para la elección de asunto, para el desarrollo de la acción, para la pintura de los personajes, para el tono y estilo de la obra, que pueden ser variadísimos, para el uso de la prosa y del verso, para el número de actos, etcétera.

El carácter del drama le da mucho campo para reflejar los aspectos más variados de la vida humana, naciendo de aquí una gran variedad de formas dramáticas, que hace casi imposible dividirlo en géneros, pues en rigor pueden éstos ser tantos como son las manifestaciones de la vida.»

Sin que entrara en el ánimo del autor la influencia decisiva que hubo de tener su originalísima obra en el ánimo del público, es lo cierto que un conjunto de circunstancias favorables podían presagiar la seguridad del triunfo. El año de 1834 habían sido asesinados muchos frailes en sus conventos. El Gobierno de Martínez de la Rosa quería contener los ímpetus reformadores en el Gobierno de la Nación con arreglos trasnochados y tardíos de una política contemplativa y contemporizadora. De modo que cuando el Conde de Toreno quiso suprimir algunos conventos, que ya desde el año 20 no podían existir, en tanto que dejaba subsistente la misma explotación de las más odiosas comunidades, el pueblo, tantas veces engañado, se arrojó á la calle, resuelto á concluir con aquella plaga perjudicial, causante principal del rebajamiento de España en todos los órdenes, sociales, políticos é intelectuales.

El despertar del pueblo fué recuerdo oportuno para que los políticos no olvidaran sus antiguas promesas. Ya que en la oposición demostraron con argumentos que las órdenes regulares no debían existir, precisaba llevar á la práctica el pensamiento.

Todo retardo era ya imposible. Había que resolver la cuestión de plano, con prontitud, con verdad, resueltamente.

En esta situación de los ánimos, cuando los representantes más ilustres de la Nación se proponían discutir en las Cortes cuanto pudiera contribuir á la desaparición del infausto y corruptor monarquismo en los pueblos españoles, la representación de la obra del Duque de Rivas contribuyó poderosamente, por su misma influencia artística, á que aquella moralizadora labor se realizara.

Las órdenes monásticas fueron suprimidas en España por altas razones de conveniencia nacional. Habían llegado á tal punto de corrupción y avaricia, que era imposible seguir sosteniéndolas. Precedió al acto de la expulsión un gran movimiento de opinión pública, en que toda la sociedad intervino.

El clamor venía de muy antiguo, y aun en parte, de sacerdotes de buena fe. Pero especialmente desde los tiempos de Felipe III, se llegó á demostrar por el docto eclesiástico señor Navarrete que, si la Monarquía española había de conservarse, era preciso reducir el número de conventos, limitar el de religiosos, concluir con la *Mano muerta* y terminar con los abusos y escándalos de tantos miles de personas inútiles como vivían á costa del País y desde el altar, bajo la protección de poderes obcecados é ignorantes. La vida monacal, cada vez más licenciosa, llegó en los reinados de Felipe IV y Carlos II á un repugnante grado de inmoralidad, contra el que no se tomaron nunca extremas resoluciones.

Durante la dominación de los tres primeros Borbones, todos los hombres ilustres, desde Macanaz á Campomanes y Florida Blanca, desearon la extinción de los albergues piadosos, ó así llamados, único medio de limpiar el País de las sordideces jesuíticas y monacales.

Los mismos sacerdotes más sensatos de España, entre ellos, el ilustre crítico y escritor muy notable don Joaquín Lorenzo Villanueva, que tanto padeció por

sus ideas liberales desde el año 24 hasta su muerte en Inglaterra, juzgaron indispensable una reforma muy amplia de procedimientos y costumbres en materia eclesiástica y asuntos monacales al empezar el siglo XIX.

Por fin, el año de 1836, después de la matanza de los frailes y de la aparición del *Don Alvaro*, morían también, como expiación de sus crímenes, las órdenes religiosas, imposible, ya dentro de la ley, en la civilización española.

Es imposible extendernos cuanto quisiéramos acerca de la inmensamente varia producción literaria del Duque de Rivas. Lo mismo en la escuela clásica que en la innovadora evolución romántica, descolló con ventajas soberanas. Sus biógrafos Pastor Díaz, Alcalá Galiano, Cañete, Marqués de Valmar, Valera y otros han referido los más importantes hechos de su vida política y literaria. Esta última, especialmente, es un título de gloria para España, aunque sean diferentes los juicios respecto de algunas de sus obras.

Aunque el mismo Duque de Rivas miraba con desdén toda su labor dramática antes de la aparición del *Don Alvaro*, es indudable que tiene obras magníficas después, que siempre serán admiradas por su hermosura, su interés y trascendencia, como *Solaces de un prisionero*, *La Morisca de Alajuar*, *El Crisol de la lealtad* y *El desengaño en un sueño*.

Este grandioso drama fantástico, «está tomado en su idea fundamental,—dice Valera,—de un cuento del *Conde Lucanor*. Consiste dicha idea en poner una historia, cuyos diversos acontecimientos y final desenlace ocurren en un sueño, resultando de todo una lección moral y un saludable desengaño. Añadiré sólo que el drama *El desengaño en un sueño* presta ocasión á muy conmovedoras escenas, ya trágicas, ya patéticas, y á un hermoso florecimiento de poesía lírica».

Singular aprecio merecen también, además de su excelsa obra *El Moro expósito*, sus leyendas *La azucena milagrosa*, *Maldonado* y *El aniversario*, y todos sus romances históricos, que pueden competir con los mejores que se han escrito en castellano, en los tiempos clásicos y en lo moderno. Respiran vida, sentimiento, inspiración, verdad. ¡Qué descripciones más preciosas, qué situaciones tan bien presentadas, qué hermosamente ofrecidas las pasiones más feroces, con cuánta fidelidad expresados los ciegos efectos de la multitud, de los odios y del crimen!

En la primera edición que hizo el Duque de sus *Romances históricos* (Madrid, 1840), puso un prólogo que tiene mucha importancia para la historia de la restauración del castizo romance octosílabo en la literatura española.

«El romance octosílabo,—son sus palabras,—más acomodado á los oídos y á la memoria del vulgo que los informes y pesados versos del poema del Cid, y que los alejandrinos más ataviados y cultos de Gonzalo de Berceo, prevaleció sobre ellos, campeando siempre como verdadero metro nacional. No sólo se cantaban en él hazañas pasadas, sino que se escribían nuevos romances siempre que ocurrían acontecimientos notables y sucesos ó hechos de armas cuya memoria debía conservarse.»

La consideración que merecían los romances históricos de aquellos siglos, y el crédito y fe que se les daba, se conoce al recordar que de las tradiciones conservadas en ellos, se formaron muchas de las crónicas que se escribieron después.

«Es ciertamente extraño (decía el juicioso crítico y renovador del buen romance octosilabo en España) que en esta época de ensanche, y acaso de regeneración (en que la poesía, rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver á su origen, dejando á un lado la servil imitación de griegos y latinos, y *buscando inspiraciones propias en épocas más en armonía con las sociedades modernas*), no haya reinado con muchas ventajas el romance octosilabo castellano.»

Y añadía estas consideraciones tan prudentes:

«Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los asuntos y el colorido de la poesía actual, ningún otro metro podía encontrarse más á propósito, como castizo y original; como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran; como depósito de esos matices mismos que hoy se buscan con tanto empeño; y como el más educado, en fin, por su sencillez, facilidad y soltura, á todos los tonos de la poesía y, por lo tanto, á los atrevidos, variados y desiguales vuelos del *romanticismo*.»

El Duque de Rivas presenta un ejemplo de romance octosilabo en aquel anónimo que habla de las exequias del maestro Don Alvaro de Luna; modelo de sencillez y de versos altamente poéticos. «Este bellísimo trozo de poesía histórica, en sentir del Duque, no tendría ni más vida, ni más nobleza, ni más dignidad escrito en octavas ó en tercetos.»

Fué muy feliz el Duque al cultivar de nuevo el romance castellano. Conservó su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía; y aprovechó todos los atavíos con que los mejores ingenios lo habían engalanado. Mostróse consumado maestro en su inapreciable labor artística. Tiene entre sus infinitos romances muchos que son realmente admirables.

Es de original belleza este final del tercer romance que aquella pluma de oro dedicó á la vieja del candilejo, antigualla que conserva la Sevilla legendaria del Rey Don Pedro *el Cruel*.

Ha declarado la vieja ante el juez al ser atormentada que el Rey fué el matador...

En esto el desconocido,  
Que tras del pilar se oculta,  
Hacia el potro del tormento  
El firme paso apresura;  
Haciendo sus choquezuelas,  
Canillas y coyunturas,  
El ruido que los dados  
Cuando se chocan y juntan.  
Rumor que al punto conoce

La infeliz, y se espeluzna,  
Y repite: «El Rey; sus huesos  
Así sonaron, no hay duda.»

Al punto se desemboza  
Y la faz descubre adusta,  
Y los ojos como brazas  
Aquel personaje, á cuya  
Presencia hincan la rodilla

Cuantos la bóveda ocupan,  
 Pues al Rey Don Pedro todos  
 Conocen, y se atribulan.  
 Este saca de su seno  
 Una bolsa do relumbran  
 Cien monedas de oro, y dice:  
 «Toma y socórrete, bruja.  
 Has dicho verdad, y sabe  
 Que el que á la justicia oculta  
 La verdad, es reo de muerte,  
 Y cómplice de la culpa.  
 Pero pues tú la dijiste,  
 Ve en paz, el cielo te escuda;  
 Yo soy, sí, quien mató al hombre,

Mas Dios sólo á mí juzga.  
 Pero porque satisfecha  
 Quede la justicia augusta,  
 Ya la cabeza del reo  
 Allí escarmientos pronuncia.»

—  
 Y era así: ya colocada  
 Estaba la imagen suya  
 En la esquina do la muerte  
 Dió á un hombre su espada aguda.  
 DEL CANDILEJO la calle  
 Desde entonces se intitula,  
 Y el busto del Rey Don Pedro  
 Aun allí está, y nos asusta.

Un trozo histórico parece este majestuoso relato, hecho en otro romance de los crímenes del Rey Don Pedro.

Acaban de matar los maceros, de orden suya, á su hermano Don Fadrique; y añade el poeta:

Cual si no hubiese en palacio  
 Nada ocurrido de nuevo,  
 Se asentó el Rey á la mesa,  
 Como acostumbra, comiendo.  
 Jugó en seguida á las tablas,  
 Salió después á paseo,  
 Fué á ver armar las galeras  
 Que han de ir á Vizcaya luego.  
 Y en cuanto cubrió la noche  
 Con su manto el hemisferio  
 Entró en la torre del oro,  
 Donde tiene en un encierro  
 A la linda Doña Aldenza,  
 A la cual del monasterio  
 De Santa Clara ha sacado,  
 Y á la que idolatra ciego.  
 Fué un rato á hablar en seguida  
 Con Levi, su tesorero,  
 En quien tiene su privanza,  
 Aunque es un infame hebreo;  
 Y muy tarde retiróse  
 Sin más acompañamiento  
 Que un moro su favorito,  
 Hombre bajo por supuesto.  
 Entró en el tranquilo alcázar,  
 Llegó al vestibulo excelso,  
 Y en él paróse un instante

La vista en torno moviendo.  
 Una lámpara pendiente  
 Del artesonado techo  
 En derredor derramaba  
 Ya sombras, y ya reflejos.  
 Entre las tersas columnas  
 Dos hombres de armas, dos negros  
 Bultos paseaban solos,  
 Vigilantes y en silencio;  
 Y en tierra aun tendido estaba,  
 De un lago de sangre en medio,  
 El maestre Don Fadrique  
 En su roto manto envuelto.

—  
 Se acercó el Rey; contemplóle  
 Con atención un momento,  
 Y notando que no estaba  
 Del todo su hermano muerto,  
 Pues aun respiraba acaso  
 Palpitante el hondo pecho,  
 Le dió con el pie un empuje  
 Que hizo estremecer el cuerpo;  
 Desnudó la aguda daga,  
 Al moro la dió, diciendo:  
 Acáballo, y sosegado  
 Subió y entregóse al sueño.

El Duque de Rivas fué también muy notable escritor en prosa. Al volver á España de largo destierro, en 1834, ingresó en la Academia Española. Su discurso de recepción revistió verdadera solemnidad. Era la voz querida de un ilustre literato, que por la libertad había luchado y trabajado mucho, y que en nombre de esa misma libertad pronosticaba días de gloria para España.

El discurso de don Angel Saavedra contiene muchos recuerdos de los primeros

treinta años del siglo XIX, que envuelven gran interés y verdad en el orden literario. Educado el autor en el amor á los clásicos castellanos, que supo estudiar con tanta constancia como provecho, llegó á crearse una forma de expresión galana, elegante, fácil y de puro abolengo, sin afectaciones ni amaneramientos.

Son hermosos párrafos los que dedica al pobre estado de las letras patrias en el reinado de Fernando VII.

«Cuando llegó el memorable año de 1808, en que nuestra patria recobró su grandeza, y volvió á ser España; á pesar del estruendo de las guerras y de las fatigas de aquella época gloriosa y trabajada; las ideas nacionales dieron nuevo impulso á la lengua nacional; y hasta en los partes de oficio y en las comunicaciones militares se empezaron á saborear las ventajas de un estilo castizo y español.

Y muy luego en la tribuna pública se oyó hablar la lengua de la patria con gala y con pureza, y vimos en todas partes hacerse alarde, de palabra y por escrito, de frases que yacían en el olvido, y que volvieron á aparecer como triunfando de las introducidas del idioma de los invasores... El término de aquella guerra gloriosa no está olvidado, ni se olvidará en muchos siglos, como tampoco los seis años que por desgracia le siguieron, ni otra época de corta duración y harto borrascosa que vino después; tiempos todos poco favorables al cultivo de las letras y al adelanto del idioma. ¿Y en los últimos diez años habrán podido por ventura hacer aquéllas muchos progresos, y encontrar éste grandes ventajas?... No me toca á mí, señores, deslindar este punto...

A fines del infausto año de 1823 salí prófugo y proscrito de esta Patria, á cuya libertad he sacrificado de todos modos mi existencia; y el no oír la dulce habla de mis mayores, fué acaso la privación más grande y una de las más dolorosas que he padecido durante mi prolongado destierro. Aunque para suplir la falta de la voz viva de mi idioma patrio, un *Quijote*, y la colección de poesías castellanas desde tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días, me acompañaron como amigos inseparables en mis peregrinaciones.»

Son muy dignas de tenerse en cuenta las palabras que, como programa de futuros trabajos para perfección y cultivo más amplio del idioma nacional, dejó consignadas en su discurso de recepción el Duque de Rivas: palabras tanto más merecedoras de aplausos, cuanto que, desde la restauración borbónica (1874), prevalece en la Academia el sistema reaccionario, y aquello es hoy desgraciadamente un feudo de la Monarquía para sus favorecidos.

Quitadas las trabas al ingenio, prenda española, como producción de este suelo feraz y delicioso, ó como influencia de ese cielo transparente y magnífico que nos cubre, estimaba el nuevo académico que ese ingenio volaría y sacaría, en la época que comenzaba, de los espacios inmensurables de la imaginación tesoros abundantísimos en que hacer alarde de la pompa y gala del castellano, en que resucitar sus gallardas frases olvidadas, en que enriquecerlo con nuevos giros, que no dejan de ser castizos por ser originales.

«Familiarizados los españoles (aconsejaba) con las ciencias modernas, amoldarán su lenguaje á la precisión y claridad con que deben tratarse tales materias.

Abierta la comunicación franca con las naciones ilustradas, que tantos pasos nos han aventajado, durante el último siglo, en la carrera del saber y del buen gusto, nos aprovecharemos de sus adelantos, y para levantar nuestra literatura y, por consiguiente, nuestro idioma, veremos que hay muchos caminos por donde cultivar con feliz suceso las letras: que los impulsos internos, las inspiraciones espontáneas y la índole propia del gusto nacional, no deben ser repelidos y desechados; y que los preceptos menos controvertidos no pueden hacer más que indicar los escollos que se han de evitar, pero no reducir á uno solo los infinitos y apartados rumbos que pueden seguirse con buen éxito.

«Cultivadas con entera libertad las ciencias políticas y morales, producirán escritores que fijen y pulan y perfeccionen nuestra lengua, haciéndola más lógica y un tanto menos vaga y redundante, mejoras imposibles de conseguir en otra época no tan ilustrada como la presente, y en la cual los que escribieron de estas materias forzosamente hubieran de perderse en las argucias y sofismas del escolaticismo.»

De los superiores méritos y excelencias del castellano, llegó á decir aquel gran restaurador de nuestros prestigios literarios que la lengua nacional es la más magnífica y sonora de las modernas de Europa, aunque perdone la italiana; pero que necesita cultivo para unir á su pompa y gallardía la precisión, economía y abundancia del idioma inglés, y la ligereza, pulimento y claridad del idioma francés. Necesita el cultivo del saber, bajo la sombra de la libertad, para ponerse al nivel de las otras que valen esencialmente mucho menos que ella.

Los trabajos en prosa que dejó el Duque de Rivas son de mérito. Especialmente tienen gran relieve de atractivo los en que describe viajes á sitios célebres y los cuadros de costumbres andaluces, para lo que demostró especialísima gracia. El de *El Ventero*, escrito en 1839, es modelo en su clase.

Sus estudios históricos están hechos con esmero, abundancia de datos y serenidad de criterio. Es muy digno de mención *La Sublevación de Nápoles, capitaneada por Masanielo*.

En la introducción leemos el siguiente párrafo, que es resumen del pensamiento de la obra:

«Aun no había sujetado del todo Felipe IV la tenaz rebelión de Cataluña, acalorada y sostenida por los franceses; aun hacía vanos esfuerzos para recuperar la corona de Portugal, incorporada á la de España en tiempo de su abuelo cuando la derrota y muerte del Rey Don Sebastián en Marruecos, y perdida por su incapacidad é indolencia; la guerra de Flandes era cada día más ruinosa, aunque no deslucida para las armas españolas; el Milanésado no estaba tranquilo, y continuaba la guerra con Francia, que comenzó sobre el estado de Mantua, y que seguía encarnizada en los Países Bajos, en el Rosellón y en el norte y costas

occidentales de Italia, cuando estalló en Nápoles aquella famosa rebelión llamada de *Masaniello*, que nos proponemos referir con sus *antecedentes y consecuencias*.

Emprendemos este trabajo histórico después de haber recorrido los sitios que sirvieron de escena á aquellos trágicos acontecimientos; de haber leído y estudiado con atención los autores contemporáneos y posteriores que de aquellos sucesos tratan; de haber examinado curiosísimos manuscritos de aquel tiempo y los escasos documentos que de él existen en los archivos públicos; y de haber oído la tradición, que de padres á hijos ha llegado hasta nuestros días. Sintiendo haber hallado en todas partes acriminaciones acerbadas y más ó menos apasionadas contra los españoles, que no eran ciertamente entonces más dichosos y ricos en su propio país que los habitantes de los otros estados que dominaban, y que fueron los primeros, y de una manera harto más dolorosa, víctimas del des-gobierno de los últimos reyes austriacos, como lo demuestra el lastimoso estado en que el imbécil Carlos II dejó al morir la poderosa y opulenta Monarquía española. »